

JOSÉ ANDRÉS MURILLO

confianza lúcida¹

CONFIANZA, SEXUALIDAD Y ABUSO

Los humanos somos seres que estamos dispersos en miles de dimensiones, pero todas estas dimensiones descansan en una profunda unidad personal que, si bien es difícil de describir directamente, es radical. Esta unidad está dada a partir de nuestro querer. Es nuestro querer, nuestra afectividad proyectada hacia el mundo, hacia los demás, hacia el futuro, hacia nosotros mismos, lo que integra la razón y orienta nuestra existencia, nos da unidad y sentido. El querer nos da incluso la fuerza necesaria para vivir, para estar junto a otros, crear y procrear, iniciar proyectos, decidir, luchar por seguir aquello que hemos comenzado. Somos integradamente una inteligencia que siente y un sentido que piensa. Sentir sin pensar o pensar sin sentir nos transforma en seres disociados, «idiotas», fragmentados, delirantes o, simplemente, desorientados. Nuestra orientación existencial más profunda se da a partir de esa brújula secreta y misteriosa que está en el centro de nuestra afectividad, que es nuestro propio centro.

Es que antes de ser seres estricta y puramente racionales y calculadores, somos seres afectivos: sentimos el mundo incluso antes de pensarlo, y no se trata de un defecto ni un impedimento para el pensamiento claro y distinto como pensaba la psicología clásica. Ha sido un descubrimiento bastante revolucionario del siglo XX y aún no terminamos de comprender todas sus consecuencias. Neuropsiquiatras, filósofos, biólogos, educadores, están recién

¹ José Andrés Murillo, *Confianza lúcida*; Santiago – Chile, Uqbar Editores, 2012. El texto corresponde al último capítulo que va de la página 91-103.

comenzando a comprender las consecuencias de esta realidad que estaba oculta por la desconfianza que se les tenían a los afectos, los sentimientos, al cuerpo. Occidente forjó gran parte de su poder científico, militar, e industrial considerando al cuerpo como una simple herramienta del ser humano, una maquinaria, una cosa entre las cosas respecto de la cual hay que desconfiar, temer y dominar. El ser humano tenía que ser pura mente, espíritu o alma y su cuerpo, un instrumento para conocer (ciencia), trabajar (industria) o someter (religión).

Poco a poco, sobre todo viviendo las consecuencias nefastas de la disociación cuerpo alma, y ayudados por algunos filósofos y científicos, los seres humanos nos hemos ido dando cuenta de que somos seres encarnados y, encarnados es como nos encontramos en el mundo y nos orientamos en él. El mundo nos afecta y es el afecto el que nos guía entre los miles y miles de estímulos con que nos encontramos cotidianamente. En el fondo, no es la razón ni el cálculo, ni tampoco el instinto de supervivencia lo que nos orienta en primer lugar, sino el afecto.

Es así como escogemos amigos, pareja, profesión, trabajo, vocación, proyectos, argumentos; es el afecto lo que nos hace luchar por lo que queremos, hasta el sacrificio, contra todo cálculo, razones e incluso contra el instinto de supervivencia. Por eso la simple consideración de los afectos y las emociones, la manera integrada de tomar decisiones, es una potente refutación a la triste creencia economicista que dice que todo es mero cálculo de costos y beneficios. Sopesar costos, oportunidades y beneficios en toda decisión es importante, pero lo determinante es el sentido de las decisiones, es decir, aquello que integra nuestro pensar y nuestra afectividad.

Ahora bien, la afectividad siempre es una modalidad de nuestra sexualidad. El centro de nuestra existencia es afectivo y sexuado. No somos sexuados porque queremos y amamos, sino que amamos y queremos porque somos sexuados en el sentido más amplio: sentimos a los demás y podemos comprometernos con ellos en la creación de proyectos y acciones, nuevos mundos, nuevos seres humanos. Este poder amar, querer y comprometernos, es la manera en que nos orientamos en el mundo y en la existencia. Lo erótico es sólo una manifestación de la sexualidad: la sexualidad es mucho más amplia. Somos seres enteramente sexuados; nuestra identidad es sexuada. Es por eso que la sexualidad está tan protegida: física y emocionalmente está puesta en un lugar secreto, íntimo, propio. El centro de la sexualidad es el propio lugar sacro, esencia escondida en uno mismo, escondida y secreta incluso para uno mismo. Este es el centro de nuestra orientación y por eso es tan frágil: es la manifestación más radical de la vulnerabilidad. Por este centro nos orientamos secretamente hacia lo que nos gusta, nos emociona, nos da sentido, lo que amamos y nos afecta. Por eso se protege tanto la sexualidad, hasta en sus formas más absurdas. (Hay personas

que todavía llaman a los genitales las «vergüenzas»). Pero ese centro también es trascendencia. Es el lugar de la trascendencia más radical, puesto que ahí se produce el material vital para crear nuevas vidas, y en el caso de la mujer, de ahí brota o ahí llega ese íntimo extranjero, que es totalmente otro, infundiendo respeto y cuidado, pero a la vez totalmente propio, despertando el sentimiento de amor más profundo que puede llegar a experimentarse: el hijo. El hijo llega desde el centro de la existencia transformando ese centro, pura y secreta intimidad, en trascendencia, puente.

Este centro y trascendencia se comparte delicada y cuidadosamente en momentos de suma confianza, respeto y libertad. Sólo así, en ese espacio de confianza, de confianza lúcida, respeto, delicadeza, pasión y entrega, la sexualidad compartida es fecunda y hace crecer y profundizar nuestra humanidad. Si no, este centro de la identidad propia se mantiene escondido y protegido dentro de fuertes límites. Sin embargo, el cuerpo también puede fecundar, hacer llegar y recibir a otro sin jamás integrar o compartir ese centro de la intimidad, secreto último del yo, sino que se disocia de sí mismo. Se puede compartir la sexualidad sin compartir el centro trascendente de la intimidad; se pueden trasgredir los límites, romper el espacio, eliminar la luz de la confianza, de la confianza lúcida, se puede herir profundamente el propio centro de la existencia, la brújula personal afectiva que hace posible la confianza. Esta posibilidad de daño, de daño profundo a uno mismo y a otros crea la urgencia infinita del cuidado y de la lucidez.

Es por esto que el abuso sexual es una agresión radicalmente distinta de todas las demás. No es la propiedad, una pertenencia, dinero ni libertad lo que es violentado, transgredido, herido. Tampoco puede reducirse a lo físico del cuerpo lo que es agredido en el abuso sexual. *El abuso sexual es una intromisión al centro mismo de la corporalidad y de la existencia*, ese centro que marca, condiciona, posibilita y orienta nuestro estar en el mundo junto a otros.

El abuso sexual ocurre cuando alguien, por la fuerza o, incluso más violentamente aún, por el engaño, manipulación, autoridad o aprovechándose de la confianza, traspasa esos límites y entra en la esfera de lo más íntimo y frágil de la propia identidad. Ese traspaso constituye una fractura muy profunda, porque llega a lo más hondo de uno, a la identidad, a la capacidad de discernir la realidad y orientarse en el mundo. Cuando el abuso se da en edad temprana o cuando el abusador tiene algún tipo de poder o autoridad sobre el que abusa (familiar, laboral, religioso, militar), la fractura puede ser aún mayor. La víctima confiaba en el abusador y el abusador aprovechó esa confianza, la utilizó para sentir placer, transformó a su víctima en un objeto de su placer, la cosificó. Hay ya demasiados casos de suicidios ligados silenciosamente a temas de abuso, depresiones, imposibilidades de confiar, o de establecer vínculos afectivos

sanos, rupturas psicológicas, incluso dificultad para discernir la realidad y orientarse.

Hace muy poco tiempo hemos comenzado a darnos cuenta, como sociedad, de la gravedad del abuso sexual: agresión profunda, capaz de confundir los límites entre víctima y victimario, de robarle a la víctima incluso su derecho a ser víctima. Hay culturas e incluso religiones en las que aún no se toma plena consciencia de la gravedad del abuso sexual y sin embargo el daño, el trauma, la disociación están ahí es patente. El porcentaje de la sociedad que ha sido víctima de abuso es escalofriante y terapeutas, psicólogos, médicos, abogados y jueces generalmente no saben cómo enfrentarlo. Las consecuencias son muy profundas y la recuperación es una lucha que dura años. La lucha principal es por volver a confiar. El abuso sexual destruye la confianza en otros, puesto que la gran mayoría ocurre en ambiente familiar o de conocidos cercanos a la familia, pero también destruye la confianza en uno mismo puesto que produce una gran confusión de límites y de roles hasta el extremo de que el que ha sido víctima puede llegar a sentirse cómplice de su propia herida. Pero también destruye la confianza en las instituciones, puesto que estas no siempre son capaces, pueden o quieren proteger, ni escuchar o hacer justicia. La ruptura de la confianza es la ruptura de la propia humanidad, puesto que, como vimos más arriba, sin confianza no hay reconocimiento mutuo.

De aquí nace el desafío de construir una confianza que sea factor de protección y no de vulnerabilidad. Las banderas contra la confianza por motivos de abuso, de cualquier tipo de abuso, son la confirmación misma de la condena que el abusador impone a su víctima a través del abuso: «tú no podrás volver a confiar». La confianza lúcida es la ruptura del abuso porque vuelve a dibujar los límites de uno mismo para crear un espacio de luz donde puede entrar otro, reconocerlo y ser reconocido en este espacio y con estos límites.

La confianza es porfiada y resiliente, y en el milagro de su resiliencia adquiere el de la lucidez. A la vez la confianza lúcida que siente, reconoce y respeta los límites de uno mismo en los límites del otro y exige respeto de los límites puede ser formada, enseñada, transmitida en el mismo respeto, validación y consciencia de esos límites. Así como el abuso a veces puede ser viral, así también la confianza lúcida, el compromiso y el cuidado pueden serlo.